

Visita del Papa a la UNESCO

El día 2 de junio, S. S. el Papa Juan Pablo II visitó la sede de la UNESCO, donde fue acogido por el Director General, Sr. M'Bow; el Director General Adjunto, Sr. Mayor Zaragoza; el Observador Permanente de la Santa Sede, Monseñor Frana y el Director del Gabinete del Director General, Sr. Chej Bekri. Su Santidad pasó al gran vestíbulo, el del mural de Picasso, donde fue saludado por el Presidente de la Conferencia, Sr. Napoléon Leblanc y por el Presidente del Consejo Ejecutivo, Sr. Chams Din el Uakil.

El acto solemne se abrió con unas palabras del Sr. Napoléon Leblanc, en las que se refirió a los ámbitos de competencia de la UNESCO, centrados plenamente en el hombre y en las actividades generales de la Organización, que reflejan la voluntad constante de los Estados Miembros de trabajar en común para crear en todo el mundo las condiciones que favorezcan, a la vez, la plena realización del individuo y el desarrollo armonioso y equilibrado del marco donde el hombre está destinado a vivir.

Tomó después la palabra el Sr. El Uakil que manifestó que "la UNESCO no actúa solamente para hacer progresar los conocimientos, sino, sobre todo, para favorecer un desarrollo justo y real en un mundo más equitativo" y que todas las religiones y todas las comunidades del mundo buscan la felicidad humana desde el origen de los tiempos.

A continuación, el Director General de la UNESCO, en sus palabras de bienvenida, dijo que la visita del Santo Padre a la Organización repre-

sentaba una síntesis de la experiencia humana y añadió: "las relaciones entre la Santa Sede y la UNESCO se fundan en una convergencia profunda de nuestros ideales respectivos, pues una y otra laboran, con las armas de la ética, por un mundo cuyo único objetivo sea el hombre y donde la paz se apoye en la justicia y engendre la fraternidad. Por eso, nuestra colaboración contó, desde el principio, con la solicitud de los Soberanos Pontífices y con la atención constante de los Directores Generales de la Organización. Estos vínculos recibieron un nuevo impulso cuando se nos otorgó, en noviembre de 1974, el Premio Juan XXIII de la Paz, cuyo importe quise consagrar a la publicación de una Antología de la Paz, colección de textos de épocas muy diversas, procedentes de todas las naciones del mundo, que pone de manifiesto —más allá de las particularidades históricas y culturales— la comunidad de aspiraciones de la humanidad". Después de un rápido análisis de la situación internacional, dijo el Sr. M'Bow: "Más allá de sus lenguas, de sus costumbres y de sus creencias propias, los campesinos del Amazonas, el Ganges, el Níger, el Nilo y el Yang Tse, los trabajadores de Potosí, Calcuta, Saint-Denis, Cracovia, Detroit o Lagos, los hombres de letras y de ciencias, los artesanos y los artistas de todas partes, creyentes y no creyentes, musulmanes y cristianos, budistas y animistas, en su inmensa mayoría, estos hombres sienten una misma necesidad de dignidad humana, un mismo deseo de verdad, una misma sed de justicia y de fraternidad".

El Director General terminó su intervención con estas palabras: "En esta solemne ocasión, y ante la enfervorizadora presencia de Su Santidad Juan Pablo II, permítidme que haga un llamamiento a la comunidad de las Naciones, a los pueblos y a los gobiernos, a la juventud del mundo, para que todos se entreguen, desde hoy, a la tarea de abrir el camino a un orden de dignidad, libertad, justicia y solidaridad. Ese camino es angosto, escarpado, pero hartamente estimulante. Es el único que está a la altura de nuestro destino, el único que se nos ofrece si deseamos que el advenimiento del tercer milenio, del que nuestra generación habrá de responder ante la historia, sea aquel en que el hombre, que ha heredado todas las guerras del pasado, será portador de paz; en que el hombre, que ha acumulado todas las rivalidades del pasado, será portador de fraternidad; en que el hombre, que ha experimentado en su propio ser el terror de todas las edades pasadas, será portador de esperanza".

En último lugar, habló S. S. Juan Pablo II, que pronunció el siguiente discurso:

"Señor Presidente de la Conferencia General, Señor Presidente del Consejo Ejecutivo, Señor Director General, Señoras, Señores:

Ante todo deseo expresar mi muy cordial agradecimiento por la reiterada invitación del Sr. Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, invitación que tuvo a bien formular a partir de la primera de las visitas con las que me ha honrado. Son muchas las razones que me hacen sentir dichoso de poder responder hoy a dicha invitación, que aprecié hondamente y desde el primer momento.

Agradezco las amables palabras de bienvenida que acaban de pronunciar en mi honor el Sr. Napoléon Leblanc, Presidente de la Conferencia General, el Sr. Chams Eldine El-Wakil, Presidente del Consejo Ejecutivo, y el Sr. Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización. Quiero saludar también a todos los que están reunidos aquí con motivo de la 109.^a reunión del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. No puedo ocultar mi alegría al ver congregados en esta ocasión a tantos delegados de las Naciones del mundo entero, tantas personalidades eminentes, tantas personas competentes, tantos representantes ilustres del mundo de la cultura y de la ciencia.

Con mi intervención intentaré aportar mi modesta contribución al edificio que vosotros, Señoras y Señores, construís con asiduidad y perseverancia, gracias a vuestras reflexiones y resoluciones en todas las esferas que son de la competencia de la UNESCO.

Permítaseme comenzar aludiendo a los orígenes de vuestra Organización. Los hechos que han marcado la fundación de la UNESCO me inspiran alegría y gratitud para con la Providencia; la firma de su Constitución el 16 de noviembre de 1945; la entrada en vigor de esa Constitución y la creación de la Organización el 4 de noviembre de 1946; el Acuerdo entre la UNESCO y la Organización de las Naciones Unidas, aprobado por la Asamblea General de las Naciones Unidas ese mismo año. Vuestra Organización, en efecto, es la obra de Naciones que, finalizada la terrible Segunda Guerra Mundial, se sintieron impulsadas por lo que podría llamarse un deseo espontáneo de paz, unión y reconciliación. Dichas Naciones buscaron los medios y las formas de una colaboración capaz de establecer, profundizar y asegurar de manera duradera este nuevo acuerdo. Por lo tanto, la UNESCO, como la Organización de las Naciones Unidas, nació porque los pueblos sabían que en la base de las grandes empresas destinadas a servir la paz y el progreso de la humanidad en todo el mundo estaba la necesidad de la unión de las naciones, del respeto recíproco y de la cooperación internacional.

Prolongando la acción, el pensamiento y el mensaje de mi gran predecesor el Papa Pablo VI, tuve el honor de tomar la palabra ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el mes de octubre último, invitado por el Sr. Kurt Waldheim, Secretario General de las Naciones Unidas. Poco después, el 12 de noviembre de 1979, fui invitado por el Sr. Edouard Saouma, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, en Roma. En tales circunstancias me ha tocado tratar cuestiones profundamente vinculadas con el conjunto de problemas que se refieren al futuro pacífico del hombre sobre la tierra. En efecto, todos esos problemas están íntimamente vinculados. Por así decirlo, nos hallamos en presencia de un vasto sistema de vasos comunicantes; los problemas de la cultura, de la ciencia y de la educación, en la vida de las naciones y en las relaciones internacionales, no se presentan de manera independiente con respecto a los otros problemas de la existencia humana, tales como la paz o el hambre. Los problemas de la cultura están condicionados por las demás dimensiones de la existencia humana, pero al mismo tiempo las condicionan.

A pesar de todo —y ya lo he subrayado en el discurso que pronuncié en las Naciones Unidas al referirme a la Declaración Universal de Derechos Humanos— hay una dimensión fundamental, capaz de cambiar hasta los cimientos de los sistemas que estructuran toda la humanidad, y librar a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que sobre ella pesan. Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre entendido íntegramente, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los valores espirituales. El respeto de los derechos inalienables de la persona humana está en la base de todo (véase **Discurso ante las Naciones Unidas**, Núms. 7 y 13).

Toda amenaza a los derechos humanos, sea en el marco de sus bienes espirituales o en el de sus bienes materiales, violenta dicha dimensión fundamental. Por tal razón, en el discurso que pronuncié en la FAO subrayé que ningún hombre, ningún país, ningún sistema del mundo pueden permanecer indiferentes ante la “geografía del hambre” y las amenazas gigantescas que la misma alumbrará si la orientación total de la política económica y, en particular, la jerarquía de las inversiones, no se modifican de manera esencial y radical. Por tal razón, al referirme a los orígenes de vuestra Organización, insisto también en la necesidad de movilizar todas las fuerzas que orientan la dimensión espiritual de la existencia humana y que atestiguan la primacía de lo espiritual en el hombre —lo que corresponde a la dignidad de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón— para no sucumbir de nuevo ante la monstruosa alienación del mal colectivo, siempre pronto a utilizar las potencias materiales en la lucha exterminadora de los hombres contra los hombres, de las naciones contra las naciones.

En el origen de la UNESCO, así como en la base de la Declaración Universal de Derechos Humanos, se hallan, pues, esas primeras y nobles impulsiones de la conciencia del hombre, de la inteligencia y de la voluntad. Apelo a ese origen, a ese comienzo, a esas premisas y a esos principios elementales. En su nombre vengo hoy a París, a la Sede de vuestra Organización, con un ruego: que, al término de una etapa de actividades de más de treinta años, os apreteis aún más en torno de esos ideales y de los principios que los animaron desde el comienzo. También en su nombre me permitiré ahora proponeros algunas consideraciones verdaderamente fundamentales, pues sólo a su luz resplandecerá plenamente la significación de esta institución que lleva el nombre de UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Genus humanum arte et ratione vivit (Santo Tomás comentando a Aristóteles, en *Post. Analyt.*, n. 1). Estas palabras de uno de los mayores genios del cristianismo, que fue al mismo tiempo un fecundo continuador del pensamiento antiguo, trascienden el límite y el significado contemporáneo de la cultura occidental, ya sea mediterránea o atlántica. Tienen un sentido que se aplica al conjunto de la humanidad en la que confluyen las diversas tradiciones que constituyen su patrimonio espiritual y las diversas épocas de su cultura. El significado esencial de la cultura, consiste,

según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en ser unas características de la vida humana como tal. **El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura.** Pero la vida humana también es cultura, por cuanto a través de ella el hombre se distingue y se diferencia de todos los demás elementos del mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura.

La cultura es un modo específico del "existir" y del "ser" del hombre. El hombre siempre vive según una cultura que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un lazo que también les es peculiar, determinando el carácter interpersonal y social de la existencia humana. **En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, se arraiga al mismo tiempo la pluralidad de las culturas** dentro de la cual vive el hombre. En esa pluralidad, el hombre se desarrolla, sin perder no obstante el contacto esencial con la unidad de la cultura como dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.

El hombre que, en el mundo visible, es el **único sujeto óptico de la cultura**, es también su **único objeto y su meta**. La cultura es aquéllo por medio de lo cual el hombre, como hombre, se hace cada vez más humano, lo "es" cada vez más y cada vez alcanza a "serlo" más. Este es también el fundamento de la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el haber. La cultura se sitúa siempre en función esencial y necesaria de lo que es el hombre, mientras que su relación con lo que tiene, con su "haber", no sólo es secundaria, sino enteramente relativa. Todo el "haber" del hombre sólo es importante para la cultura, sólo es factor creador de cultura, en la medida en que el hombre, por conducto de su "haber", puede al mismo tiempo "ser" más plenamente hombre, devenir hombre con mayor plenitud en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza a su humanidad. La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la actual, demuestra que se piensa en la cultura y que se habla de ella, **primero en relación con la naturaleza del hombre, y sólo después de forma secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos.** Esto no obsta para que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce o que saquemos de ello simultáneamente conclusiones sobre el hombre. Un enfoque de esta índole —modalidad típica del proceso de conocimiento "a posteriori"— contiene en sí la posibilidad de remitirse, en sentido inverso, a las dependencias ontológico-causales. El hombre, y el hombre sólo, es "actor" o "artífice" de la cultura; el hombre, y el hombre sólo, se expresa en ella y encuentra en ella su propio equilibrio.

Todos los aquí presentes nos encontramos en el **ámbito de la cultura, realidad fundamental** que nos une y constituye la base de la creación y de las finalidades de la UNESCO. Por lo mismo, convergemos en torno al hombre y, en cierto sentido, en él, en el hombre. Este hombre, que se expresa y se objetiva en y por la cultura, es **único, completo e indivisible.** Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. Por consiguiente no puede ser considerado únicamente como la suma de todas las condiciones concretas de su existencia, como el resultado —por no mencionar sino un

ejemplo— de las relaciones de producción que prevalecen durante una época determinada. ¿Cabría entonces decir que este criterio de las relaciones de producción no constituye en absoluto **una clave para comprender** la historicidad del hombre, para comprender su cultura y las múltiples formas de su desarrollo? Claro que este criterio constituye perfectamente una clave, e incluso una clave preciosa, aunque no la clave fundamental, la clave constitutiva. No cabe la menor duda de que las culturas humanas reflejan los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es este o aquel sistema el que da origen a la cultura, sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que quiere cambiarlo. Ninguna cultura puede concebirse sin subjetividad humana y sin causalidad humana, pero en el ámbito cultural, **el hombre es siempre el hecho prístino: el hombre constituye el hecho primordial y fundamental de la cultura.**

Y ello es así siempre, en su totalidad: **en el conjunto integral de la subjetividad humana espiritual y material.** Si la distinción entre cultura espiritual y cultura material es justa su función del carácter y contenido de los productos en los que la cultura se manifiesta, es preciso observar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material revelan siempre una **“espiritualización” de la materia**, un sometimiento del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan de un modo específico una **“materialización” del espíritu**, una encarnación de lo espiritual. En las obras culturales, esta doble característica parece ser igualmente primordial e igualmente permanente.

He aquí entonces, a modo de conclusión teórica, una base suficiente para entender la cultura a través de la integralidad del hombre, a través de toda la realidad de su subjetividad. He aquí también —y ya en el campo del actuar— una base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre total en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corpórea; la base suficiente para **no superponer** a la cultura —sistema auténticamente humano, maravillosa síntesis del espíritu y del cuerpo— **divisiones y oposiciones preconcebidas.** En efecto, ya se trate de una absolutización de la materia en la estructura del ser humano o, contrariamente, de una absolutización del espíritu en esa misma estructura, ninguna de las dos expresa la verdad del hombre ni se pone al servicio de su cultura.

Quisiera detenerme ahora en otra consideración esencial, en una realidad de carácter muy distinto. Podemos abordarla haciendo notar que la Santa Sede está representada en la UNESCO por un Observador Permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva del carácter mismo de la Sede Apostólica. En términos aún más amplios, esta presencia está en consonancia con la naturaleza y la misión de la Iglesia Católica e indirectamente con la de todo el cristianismo. Aprovecho la oportunidad que hoy se me brinda para expresar una profunda convicción personal. Aunque también esté motivada por la soberanía específica de la Santa Sede,

la razón de ser de **la presencia de la Sede Apostólica** en vuestra Organización radica, por encima de todo, en **el lazo orgánico y constitutivo** que existe entre **la religión** en general y el cristianismo en particular, por una parte, y **la cultura**, por otra. Esta relación se hace extensiva a las múltiples realidades que es preciso definir como expresiones concretas de la cultura en las diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo. Por ello no será exagerado afirmar especialmente que a través de innumerables hechos toda la Europa —desde el Atlántico hasta el Ural— es testimonio, en la historia de cada nación como en la de toda la comunidad humana, del vínculo existente entre la cultura y el cristianismo.

Al recordarlo, no quiero en absoluto menoscabar el patrimonio de los demás continentes ni la especificidad o el valor de ese mismo patrimonio que emana de **las demás fuentes de la inspiración religiosa, humanista y ética**. Más aún, deseo rendir **el homenaje más profundo y sincero** a todas las culturas del conjunto de la familia humana, desde las más remotas a las contemporáneas. Teniendo presentes todas las culturas quiero proclamar aquí, en París, en la Sede de la UNESCO y en alta voz, con respeto y admiración: “¡He aquí al hombre!” Deseo proclamar mi admiración por la riqueza creadora del espíritu humano, por sus incesantes esfuerzos para conocer y consolidar **la identidad del hombre**, de este hombre que siempre está presente en todas las formas específicas de cultura.

En cambio, al hablar del **lugar de la Iglesia** y de la Sede Apostólica en vuestra Organización, no me refiero solamente a todas las obras culturales en las que, durante los dos últimos milenios, se ha expresado el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni a las instituciones de diversa índole originadas por la misma inspiración en las esferas de la educación, la instrucción, la beneficencia, la asistencia social y tantas otras. Pienso, sobre todo, señoras y señores, en **el lazo fundamental existente entre el Evangelio —es decir el mensaje de Cristo y de la Iglesia— y el hombre, en su propia humanidad**. Se trata, en efecto, de un vínculo creador de cultura en su propio fundamento. Para crear la cultura hay que considerar hasta sus últimas consecuencias e integralmente al hombre como un valor particular y autónomo, como el sujeto portador de la trascendencia de la persona. Hay que **afirmar al hombre por sí mismo** y no por otros motivos o razones: únicamente por sí mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre debido a la dignidad particular que posee. La totalidad de las afirmaciones relativas al hombre corresponde a la substancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos hayan podido declarar al respecto y pese a todo lo que hayan podido hacer las diversas corrientes que se oponen a la religión en general y al cristianismo en particular.

A lo largo de la historia hemos sido ya más de una vez —y somos aún— **testigos de un proceso, de un fenómeno muy significativo**. Allí donde han sido suprimidas las **instituciones religiosas**, allí donde se ha privado de su derecho de existir a las ideas y las obras nacidas de la inspiración religiosa y, en particular, de la inspiración cristiana los hombres vuelven

a encontrar esos mismos elementos **fuera de los caminos institucionales**, por la confrontación que tiene lugar en la verdad y el esfuerzo interior entre lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cristiano.

Señoras y Señores: Os ruego me disculpeis por esta afirmación. Al formularla no he querido ofender absolutamente a nadie. Os ruego que entendais que en nombre de lo que soy **no podía dejar de dar este testimonio**. Y este testimonio lleva en sí esta verdad —que no puede ser silenciada— sobre la cultura, cuando en ella se busca todo lo que es humano, lo que el hombre expresa o aquéllo por lo que quiere ser el sujeto de su existencia. Y al hacer uso de la palabra quería al mismo tiempo **manifestar** con mayor motivo mi gratitud por los lazos que unen a la UNESCO con la Sede Apostólica, lazos de los que mi presencia entre vosotros no es sino una manifestación particular.

De todo lo antedicho se desprenden diversas conclusiones capitales. En efecto, las consideraciones que acabo de hacer demuestran claramente que la **tarea primordial y esencial de la cultura** es general y también de toda cultura es la **educación**. La educación consiste efectivamente en que el hombre sea cada vez más hombre, que pueda “ser” cada vez más y no sólo que pueda “tener” más, y que, por consiguiente, a través de todo lo que “tiene”, de todo lo que “posee”, sepa “ser” cada vez más hombre y con mayor plenitud. Para ello, es preciso que el hombre sepa “ser más”, no sólo “con los demás”, sino también “para los demás”. La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones interpersonales y sociales. También en este caso me refiero a un conjunto de axiomas, en cuyo espacio las tradiciones del cristianismo surgidas del Evangelio se dan cita con la experiencia educativa de tantos hombres bien dispuestos y profundamente sabios y que tan numerosos han sido en todos los siglos de la historia. Nuestra época tampoco carece de estos hombres, cuya grandeza se revela sencillamente por la **humanidad que saben compartir** con los demás, en particular con los jóvenes. Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de toda índole a que sucumben los medios y las sociedades que son, por lo demás, los mejor dotados en recursos —crisis éstas que afectan ante todo a las jóvenes generaciones— atestiguan a porfía que la obra de educación del hombre **no se cumple solamente mediante las instituciones** y por conducto de los medios organizados y materiales, por muy excelentes que sean. Es también manifestación de que lo más importante es siempre el **hombre**, el hombre y su **autoridad moral**, procedente de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus acciones con esos principios.

Por ser la organización mundial más competente en todos los problemas culturales la UNESCO no puede descuidar esa otra cuestión absolutamente primordial: ¿qué hacer para que la educación del hombre se realice **sobre todo en la familia**?

¿En qué estado se encuentra la moralidad pública que garantizará a la familia y, sobre todo, a los padres, la autoridad moral necesaria a estos

efectos? ¿Qué tipo de instrucción, qué formas legislativas respaldan esta autoridad o, por el contrario, la debilitan y la destruyen? Las causas de los éxitos y los fracasos de la formación del hombre por medio de su familia residen siempre tanto **dentro** de ese medio creador y fundamental de la cultura que es la familia como también en un **plano superior**, el de la competencia del Estado y de sus órganos de que siguen dependiendo. Estos problemas no pueden por menos que provocar la reflexión y ser debatidos en las tribunas donde se congregan los representantes calificados de los Estados.

No hay duda de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse a sí mismo y de educar a los demás. Tampoco hay duda de que la dimensión primera y fundamental de la cultura, es una moralidad sana: la **cultura moral**.

Es cierto que en esta esfera se plantean numerosos problemas específicos, pero la experiencia demuestra que todo está ligado y que estas cuestiones se sitúan en sistemas en los que la dependencia recíproca es evidente. Por ejemplo, ¿es que no se ha producido en todo el proceso de la educación y, en particular, de la educación escolar, un **desplazamiento unilateral hacia la instrucción en el sentido más restringido del término**? Si consideramos las proporciones que ha cobrado este fenómeno, así como el crecimiento sistemático de la instrucción que se refiere únicamente a lo que el hombre posee, ¿no es acaso el propio hombre quien se sentirá cada vez más obnubilado? Esto trae entonces consigo una verdadera **alienación de la educación**; en lugar de obrar en favor de lo que el hombre debe "ser", la instrucción obra únicamente en favor de lo que el hombre puede prevalerse en el ámbito del "haber", de la "posesión". La etapa ulterior de esta alienación consiste en acostumbrar al hombre, privándolo de su propia subjetividad, a ser **objeto de múltiples manipulaciones**, manipulaciones ideológicas o políticas que se realizan a través de la opinión pública, a través del monopolio o el control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social y por último, la que consiste en enseñar la vida como una manipulación específica de sí mismo.

Al parecer estos peligros en materia de educación amenazan sobre todo a las sociedades con civilizaciones técnicas más desarrolladas. Estas sociedades se encuentran frente a la **crisis específica del hombre**, consistente en una **falta de confianza cada vez mayor con respecto a su propia humanidad**, al significado del hecho de ser hombre y a la afirmación y la alegría resultantes y que son fuentes de creación. La civilización contemporánea procura imponer al hombre una serie de **imperativos aparentes**, que sus portavoces justifican recurriendo al principio del desarrollo y del progreso. Así, por ejemplo, en lugar del respeto de la vida, se alude al "imperativo" de deshacerse de la vida y destruirla; en lugar del amor, que es comunión responsable de las personas, se invoca el "imperativo" del placer sexual máximo fuera de todo sentido de la responsabilidad; en lugar de la primacía de la verdad en las acciones, la "primacía" del comportamiento en boga, de lo subjetivo y del éxito inmediato.

En todo ello se expresa indirectamente una gran **renuncia sistemática** a la sana ambición, la ambición de ser hombre. No nos hagamos ilusiones: el sistema que se forma basándose en estos falsos imperativos, en estas renunciaciones fundamentales, puede determinar el porvenir del hombre y el futuro de la cultura.

Si, en aras del futuro de la cultura, es preciso proclamar el derecho del hombre a **"ser" más**, y si por la misma razón es preciso exigir una sana **primacía de la familia**, dentro del conjunto de las obras de la educación del hombre para una verdadera humanidad, también es menester situar en el mismo plano el **derecho de la Nación**; éste también debe situarse en la base de la **cultura y de la educación**.

La Nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres a los que unen vínculos diversos, sobre todo, precisamente, por la cultura. La Nación existe **"por" la cultura y "para" la cultura**, y es, en consecuencia la gran educadora de los hombres para que éstos puedan **"ser más"** en la comunidad. Es esa comunidad la que posee una historia que va más allá de la historia del individuo y de la familia. También en esta comunidad, en función de la cual toda familia educa, la familia comienza su labor educativa a partir de lo más sencillo, la lengua, permitiendo así que el hombre que está dando sus primeros pasos en la vida aprenda a hablar para convertirse en miembro de la comunidad que es su familia y su Nación. En todo lo que estoy proclamando ahora y que voy a desarrollar aún más, mis palabras traducen una experiencia particular, un **testimonio particular**. Soy hijo de una Nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, una Nación que sus vecinos condenaron a muerte en diversas oportunidades pero que ha sobrevivido y ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de los repartos y de las usurpaciones extranjeras, ha mantenido su soberanía nacional, sin apoyarse en los recursos de la fuerza física, sino **únicamente en su cultura**. En este caso, esta cultura se reveló más poderosa que todas las demás fuerzas. Lo que estoy diciendo sobre el derecho de la Nación al fundamento de su cultura y de su porvenir no es, por consiguiente, el eco de ningún **"nacionalismo"**, sino que se trata en permanencia de un elemento estable de la experiencia humana y de las **perspectivas humanistas del desarrollo humano**. Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la Nación. Se trata de la soberanía por medio de la cual y al mismo tiempo el hombre es soberano supremo. Al expresarme así pienso también, con una profunda emoción interior en las **culturas de tantos pueblos antiguos** que no cedieron ni un ápice cuando se vieron confrontados con las civilizaciones de los invasores y siguen siendo todavía para el hombre la fuente de su **"ser"** humano en la verdad intrínseca de su humanidad. Pienso también con admiración en las **culturas de las nuevas sociedades**, las que despiertan a la vida dentro de la comunidad de la propia Nación —así como mi Nación despertó a la vida diez siglos atrás— y que luchan por mantener su propia identidad y sus propios valores con las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

Al dirigirme a vosotros, Señoras y Señores, a vosotros que os congregáis en este lugar desde hace más de treinta años, en nombre de la primacía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las Naciones, os digo: velad, por todos los medios de que disponeis, por esta soberanía fundamental que posee cada Nación en virtud de su propia cultura. Protegedla como la niña de vuestros ojos en aras del porvenir de la gran familia humana. ¡Protegedla! No permitais que esta soberanía fundamental sea presa de intereses políticos o económicos. No permitais que sea víctima de totalitarismos, imperia- lismos o hegemonías para los que el hombre no es sino un objeto de dominación y no sujeto de su propia existencia humana. Para ellos, también la Nación—ya se trate de su propia Nación o de las demás— no es más que objeto de dominación y señuelo de diversos intereses, y no sujeto: el sujeto de la soberanía que emana de la auténtica cultura que le pertenece. ¿Acaso no existen en el mapa de Europa y del mundo Naciones que tienen una maravillosa soberanía histórica como resultado de su cultura y que, sin embargo, y al mismo tiempo, se ven privadas de su propia soberanía? ¿No es acaso un punto importante para el porvenir de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época, cuando tan urgente es eliminar los vestigios del colonialismo?

Esta soberanía que existe y que tiene sus raíces en la cultura propia de la Nación y la sociedad, en la primacía de la familia en su labor educativa y, por último, en la dignidad personal de todo ser humano, **debe seguir siendo el criterio fundamental** para abordar ese importante problema de la humanidad de hoy que es el de los **medios de comunicación social** (de la información con la que están vinculados, y también de lo que se ha dado en llamar la “cultura de masas”): Dado que esos medios son los medios “sociales” de la comunicación, no pueden ser **medios de dominación sobre los otros**, utilizados por agentes del poder político o por las potencias financieras que imponen su programa y su modelo. Deben convertirse en el medio — ¡y qué medio importante! — de **expresión de esta sociedad** que se sirve de ellos y garantiza su existencia. Deben tomar en cuenta las verdaderas necesidades de esta sociedad, deben tomar en cuenta la cultura de la Nación y su historia. Deben **respetar la responsabilidad de la familia en la esfera de la educación**. Deben tener en cuenta el bien del hombre, su dignidad; no pueden someterse al criterio del interés, de lo sensacional y del éxito inmediato, sino que, tomando en consideración las exigencias de la ética, deben servir para construir una vida “más humana”

Genus humanum arte et ratione vivit. En realidad, se afirma que el **hombre es él mismo por la verdad** y que **llega a ser cada vez más él mismo por el conocimiento** cada vez más perfecto de la verdad. Con este motivo quisiera rendir homenaje, señoras y señores, a todos los méritos de vuestra Organización y, al mismo tiempo, al compromiso y a todos los esfuerzos asumidos por los Estados y las Instituciones que representais en el camino de la **popularización de la instrucción** de todos los grados y niveles, en la senda de la eliminación del analfabetismo, que significa carencia de toda instrucción, incluso la más elemental, carencia dolorosa no sólo

desde el punto de vista de la cultura elemental de los individuos y de los medios, sino también desde el punto de vista del progreso socioeconómico. En este campo existen inquietantes indicios de atraso, vinculados a una distribución de los bienes que a menudo es radicalmente desigual e injusta, recordemos las situaciones en las que coexisten una ínfima oligarquía plutocrática con multitudes de ciudadanos hambrientos que viven en la miseria. Ese atraso puede eliminarse, no por medio de luchas sangrientas por la conquista del poder, sino, sobre todo, por la vía de la **alfabetización sistemática** mediante la difusión y la popularización de la instrucción. Es necesario un esfuerzo orientado en esta dirección si lo que seguidamente se desea es realizar los cambios que se imponen en materia socioeconómica. El hombre, que "es más" también gracias a lo que "tiene" y a lo que "posee", debe **saber poseer**, es decir, **disponer y administrar** los medios que posee, para su propio bien y para el bien común. A estos efectos, la instrucción es indispensable.

El problema de la instrucción siempre ha estado estrechamente vinculado con la **misión de la Iglesia**. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha fundado escuelas de todo nivel; dio origen a las Universidades medievales en Europa: tanto en París como en Bolonia, en Salamanca como en Heildeberg, en Cracovia como en Lovaina. También en nuestra época brinda la misma contribución donde quiera que se pidan y respeten sus actividades en esta esfera. Permítaseme reivindicar en esta Sede, **para las familias católicas**, el derecho de todas las familias a educar a sus hijos en escuelas que correspondan a su propia visión del mundo y, en particular, el estricto derecho de los padres creyentes a que no se someta a sus hijos en las escuelas a programas inspirados en el ateísmo. En efecto, se trata de uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia.

El sistema de la enseñanza se vincula orgánicamente al sistema de las diversas orientaciones que se dan en la forma de **practicar y de popularizar la ciencia**, cometido de los establecimientos de enseñanza de alto nivel, las universidades, y también, dado el desarrollo actual de la especialización y de los métodos científicos, los institutos especializados. Se trata en este caso de instituciones de las que sería difícil hablar sin una profunda emoción. Se trata de **talleres** en los que la vocación del hombre por el conocimiento, como también el **vínculo** constitutivo de la humanidad con la **verdad** como finalidad del conocimiento, se convierten en una realidad cotidiana y pasan a ser, en cierto sentido, el pan cotidiano de tantos maestros, corifeos venerados de la ciencia, y, a su alrededor, los jóvenes investigadores dedicados a la ciencia y a sus aplicaciones, y la multitud de estudiantes que acuden a estos centros de la ciencia y del conocimiento.

Es como si nos encontrásemos en los grados más elevados de esa escala que el hombre, desde los comienzos de la historia sube en pos del conocimiento de la realidad del mundo que lo rodea y del conocimiento de los misterios de su humanidad. En nuestra época, este proceso histórico ha alcanzado **posibilidades** antes desconocidas; ha abierto **horizontes** hasta entonces insospechados para la inteligencia humana. Resultaría

difícil entrar en detalles, puesto que en la vida del conocimiento, las orientaciones de la especialización son tan numerosas, como rico es el desarrollo de la ciencia.

Vuestra Organización es un punto de confluencia, de una confluencia que, en su sentido más amplio, abarca todo el campo tan esencial de la cultura humana. Este auditorio, pues, es el lugar más indicado para saludar a todos los hombres de ciencia, y rendir homenaje particularmente a todos los aquí presentes que, por su trabajo, obtuvieron el reconocimiento más alto y las distinciones mundiales más eminentes. Permítaseme entonces expresar también algunos deseos que, no lo dudo, se acercarán al pensamiento y al corazón de los miembros de esta augusta asamblea.

De la misma manera que nos edifica en el trabajo científico —nos edifica y también nos alegra profundamente— **esta marcha del conocimiento desinteresado de la verdad** que el sabio sirve con la mayor abnegación y a veces a expensas de su salud e incluso de la vida, deberá preocuparnos todo lo que está en contradicción con los principios de desinterés y de objetividad, todo lo que haría **de la ciencia un instrumento** para alcanzar fines que nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos por todo lo que se propone y presupone con esos fines únicos no científicos, y al exigir a los científicos que se pongan a su servicio sin que puedan ni juzgar ni decidir, con total independencia de espíritu, sobre la **honradez humana y ética** de tales fines, o con la amenaza de asumir las consecuencias cuando se nieguen a contribuir a los mismos.

Estos fines no científicos de que estoy hablando, ese problema que planteo, ¿necesitan pruebas o comentarios? Sabeis a lo que me refiero; baste hacer alusión al hecho de que, entre las personas que tuvieron que responder ante los tribunales internacionales al término de la última guerra mundial, también había hombres de ciencia. Señoras y Señores, os ruego me perdoneis estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi cargo si no las pronunciara, no para volver sobre el pasado, sino para defender **el futuro de la ciencia y la cultura humana**; más aún, ¡para defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien, en su rectitud poco común, llegó a sostener que la ciencia es al mismo tiempo una virtud moral, acabaría poniendo en tela de juicio su certidumbre si le fuese dado examinar las experiencias de nuestra época.

Nos damos cuenta de ello, Señoras y Señores, **el futuro del hombre y del mundo está amenazado**, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones, ciertamente nobles, de los hombres de cultura, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los resultados maravillosos de sus investigaciones y descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias naturales, fueron y continúan siendo explotados —en detrimento del imperativo ético— con fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, incluso con **fines de destrucción y de muerte**, y ello hasta un punto desconocido hasta la fecha, causando estragos verdaderamente inimaginables. A pesar de que

la ciencia está llamada a ponerse al servicio del hombre, advertimos con harta frecuencia que se la avasalla con fines destructores de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Este es por ejemplo, el caso, cuando se orienta a la propia investigación científica hacia tales fines o cuando se aplican sus resultados con fines contrarios al bien de la humanidad. Observamos esto, tanto en el campo de las manipulaciones genéticas y experimentaciones biológicas, como en el de los armamentos químicos, bacteriológicos o nucleares.

Dos consideraciones me llevan a someter particularmente a vuestra reflexión la amenaza nuclear que pesa sobre el mundo de hoy y que, de no ser conjurada, podría conducir a la destrucción de los frutos de la cultura, de los productos de la civilización elaborada a través de los siglos por las generaciones sucesivas de hombres que creyeron en la primacía del espíritu y que no escatimaron esfuerzos ni fatigas. La primera consideración es ésta. Razones de geopolítica, problemas económicos de dimensión mundial, terribles incomprensiones, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han conducido a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a **un equilibrio frágil**, que corre el peligro de ser destruido de un momento a otro a causa de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se suma a esta inquietante perspectiva. ¿Es posible aún en nuestros días tener la certeza de que la ruptura del equilibrio no nos llevará a la guerra, a una guerra en la que no se vacilará en hacer uso de las armas nucleares? Hasta el momento se ha dicho que las armas nucleares constituyeron una fuerza de disuasión que impidió el estallido de un conflicto mayor, y tal vez sea cierto. Pero, al mismo tiempo, podemos preguntarnos si la situación seguirá siendo siempre ésta. Las armas nucleares, sean cuales fueren su importancia o sus características, se perfeccionan cada año, y vienen a sumarse al arsenal de un número cada vez mayor de países. ¿Cómo podremos estar seguros de que el uso de las armas nucleares, incluso con fines de defensa nacional o en conflictos limitados, no provocará **una escalada inevitable** hacia una destrucción que la humanidad jamás podrá concebir ni aceptar? No es empero a vosotros, hombres de ciencia y de cultura, a quienes deberé pedir que no cerreis los ojos ante lo que una guerra nuclear puede representar para toda la humanidad (véase **Homilía para el Día Mundial de la Paz**, 1.º de enero de 1980).

Señoras y Señores, el mundo no podrá continuar mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha sido consciente de la situación y del envite, al hombre que se inspira también en el sentido elemental de las responsabilidades que nos incumben a todos, se le impone una convicción que, al mismo tiempo, es **un imperativo moral**: es necesario movilizar las conciencias! Es necesario aumentar **los esfuerzos de las conciencias humanas** en función de la tensión entre el bien y el mal a que están sometidos los hombres de fines del siglo XX. Es necesario que nos convenzamos de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de las personas sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia

(véase **Redemptor Hominis**, Núm. 16). Se servirá la causa del hombre si la ciencia se asocia a la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva "el sentido de la trascendencia del hombre con respecto al mundo, y de Dios con respecto al hombre" (**Discurso en la Academia Pontificia de Ciencias**, 10 de noviembre de 1979, Núm. 4).

De este modo, aprovechando la ocasión de mi presencia en la Sede de la UNESCO el día de hoy, yo, hijo de la humanidad y Obispo de Roma, me dirijo directamente a vosotros, hombres de ciencia, a vosotros que estais reunidos aquí, a vosotros las más altas autoridades en todas las esferas de la ciencia moderna. Y, a través de vosotros, me dirijo a vuestros colegas y amigos de todos los países y de todos los continentes.

Me dirijo a vosotros en nombre de esa amenaza terrible que pesa sobre la humanidad y, al mismo tiempo, en nombre del futuro y del bien de esa humanidad en el mundo entero. Y os suplico: **despleguemos todos nuestros esfuerzos** para instaurar y respetar la primacía de la ética en todos los sectores de la ciencia. ¡Sobre todo despleguemos nuestros esfuerzos para preservar a la familia humana de la horrible perspectiva de la guerra nuclear!

He tocado este tema ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en Nueva York, el 2 de octubre del año pasado. Hoy lo hago ante vosotros. Me dirijo a vuestra inteligencia y a vuestro corazón, por encima de las pasiones, las ideologías y las fronteras. Me dirijo a todos aquellos que, debido a su poder político y económico, podrían estar inducidos, y a menudo lo están, a imponer a los hombres de ciencia **las condiciones de su trabajo y su orientación**. Me dirijo ante todo a cada hombre de ciencia individualmente y a toda la comunidad científica internacional.

Todos juntos constituís una potencia enorme; ¡la potencia de las inteligencias y las conciencias! ¡Demostrad que sois más poderosos que los más poderosos de nuestro mundo contemporáneo! Decidíos a demostrar la solidaridad más noble con la humanidad: la que se basa en la dignidad de la persona humana. Construid la paz comenzando por la base: **el respeto de todos los derechos humanos**, los que están vinculados con su dimensión material y económica, y los que están vinculados con la dimensión espiritual e interior de su existencia en este mundo. ¡Ojalá os inspire la cordura! ¡Ojalá os guíe el amor, ese amor que sofocará la amenaza cada vez más grave del odio y la destrucción! Hombres de ciencia, empeñad toda vuestra autoridad moral en salvar a la humanidad de la destrucción nuclear.

Hoy se me ha permitido realizar **uno de los deseos más fervientes de mi corazón**. Se me ha permitido penetrar, aquí mismo, en el interior del Aerópago que es el del mundo entero. Se me ha permitido decir a todos, a vosotros, miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, a vosotros que trabajais por el bien y

por la reconciliación de los hombres y los pueblos a través de todos los sectores de la cultura, la educación, la ciencia y la información, deciros y gritaros desde el fondo del alma: ¡Sí! ¡El futuro del hombre depende de la cultura! ¡Sí! ¡La paz del mundo depende de la **primacía del Espíritu!** ¡Sí! ¡El futuro pacífico de la humanidad depende del **amor!**

Vuestra contribución personal, Señoras y Señores, es importante, es vital. Se sitúa en el **planteo correcto** de los problemas a cuya solución dedicais vuestro servicio.

Mis palabras finales son éstas: No ceséis. Continuad. Continuad siempre."



El Sr. M'Bow recibe al Papa a la entrada de la Unesco